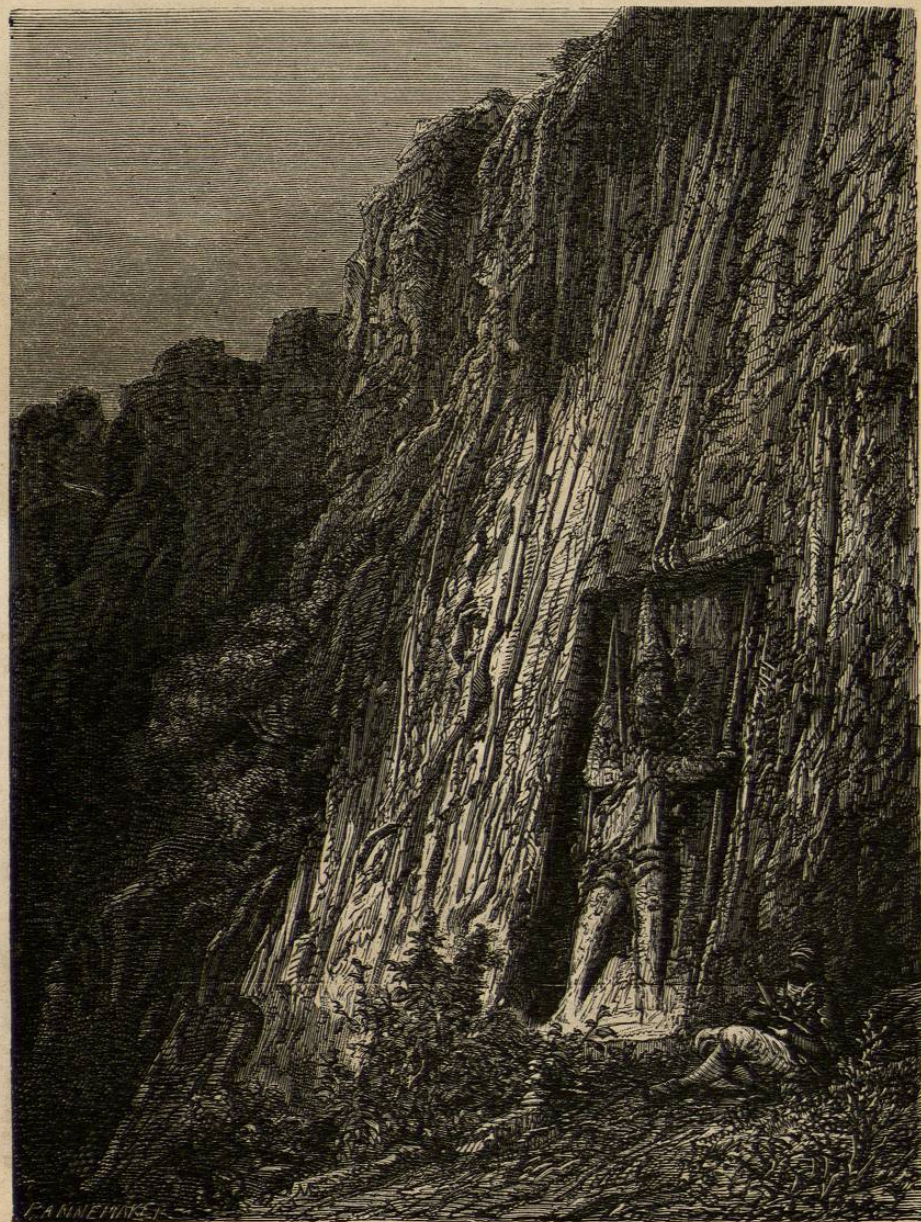


de Cibeles; pero el riachuelo cerca del cual reposamos, puede tambien hacer valer sus derechos: *Aduc sub iudice lis est*. Los dos han arrastrado sin duda aquellas pajitas de oro arrancadas de los filones que sus aguas lamian al abrirse paso por entre las masas

graníticas del Tmolos: estos filones se agotaron hace mucho tiempo.

Nuestros sirvientes han tomado la delantera con los bagajes bajo la conducta de uno de los zaptíes: guiados por el otro, marchamos rápidamente hacia



Bajo-relieve llamado de Sesostris cerca de Nimphi.

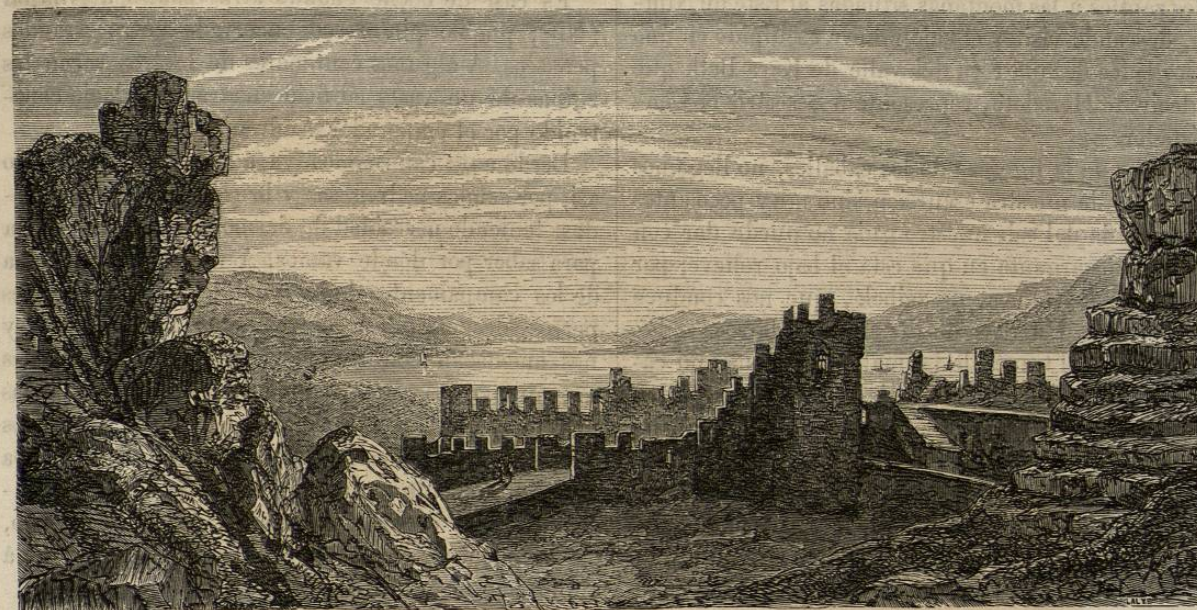
Cassaba, donde llegamos á las seis y media, despues de haber atravesado un pais risueño entre las montañas del Hermo. A la parte de allá del rio vemos alzarse los túmulos cubiertos de césped que sirven de sepulcro á los reyes de Lidia. Construidos á la orilla del lago Giges á imitacion de las necrópolis egipcias, inmediatas al lago Meris, son tan numerosos, que los

turcos llaman á este lugar *Ben-Tepé* (las mil colinas). La mas alta de estas eminencias está descrita por Herodoto como sepulcro de Aliates, padre de Cresos: su circunferencia abraza cerca de 1,000 metros. Ultimamente se han intentado investigaciones que no han dado grandes resultados.

Cassaba es una pequeña poblacion comercial: dicese

que sus habitantes cultivan bien el territorio, donde se crian famosos melones y sandías, que envian con otros productos á Esmirna. Somos recibidos en ella

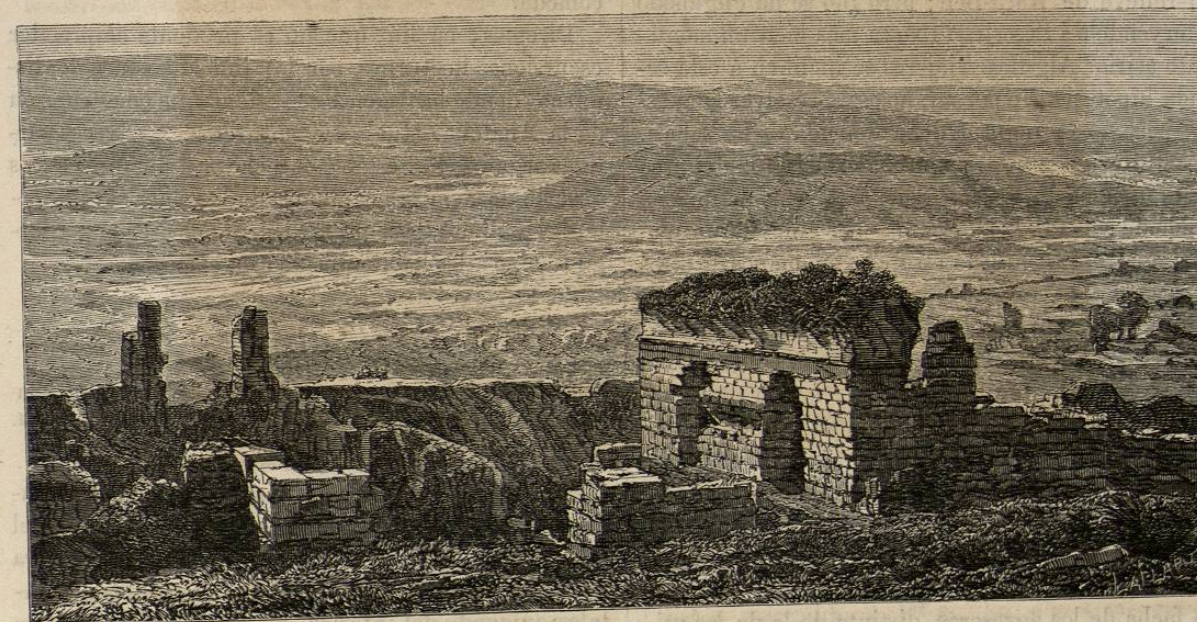
con cordialísima hospitalidad casa de un comerciante católico educado en Esmirna, y que habla por cierto bastante bien el francés.



Esmirna.—El golfo visto desde las ruinas del castillo bizantino.

Le ha nacido un hijo la noche anterior, y debiendo ir á dicha ciudad á bautizarlo, se decide á ponerse en camino con nosotros.

Partimos pues el 18 á las ocho de la mañana, y llegamos luego al valle que separa el Tmolos de Sypila en cuya parte opuesta está Magnesia, donde Esci-



Efeso.—Vista del conjunto de sus ruinas desde el monte Prion.

pion el Asiático batió á Antiocho el Grande. El campo está en parte cultivado y cubierto en parte de laurel-rosa. A cada instante encontramos reatas de camellos

que nos anuncian la cercanía de la ciudad mas mercantil de la Anatolia.

Despues de haber vadeado un rio por cerca de las

ruinas de un antiguo puente, nos detenemos en un café, y dejando á nuestros sirvientes y surudjies continuar directamente hácia Esmirna, tomamos un guía y nos dirigimos con nuestro compañero de viaje y los zapties á las montañas situadas al Este de Nimphi, deseando visitar el bajo-relieve esculpido en uno de los lados de una roca del valle de Kara-Bell, que al decir de Herodoto, representa á Sesostris el Conquistador.

A pesar de la ligereza de los caballos, no llegamos al término de nuestra escursión sino muy poco antes de la puesta del sol: nuestro guía no puede dar con la estrecha garganta en que está el bajo-relieve; por fortuna encontramos un zeibek, que nos conduce directamente. Un rayo de luz alumbró la roca todavía, y puedo al través de las malezas disponer mi cámara oscura en frente del bajo-relieve, á fin de reproducirlo por la fotografía. La lámina del testo me dispensa de hacer la descripción. Observará el lector que la roca calcárea ha sufrido la acción del tiempo, y el pecho del guerrero no lleva la inscripción cuya existencia señala Herodoto. Los caracteres geroglíficos esculpidos entre la cabeza del personaje y el hierro de su lanza, son hoy apenas perceptibles.

El conjunto y los detalles del bajo-relieve corresponden perfectamente á la descripción de Herodoto, con una pequeña diferencia, á saber: que al contrario de lo que dice el gran historiador, se halla la lanza en la mano izquierda y el arco en la derecha del guerrero. Duda no cabe ninguna que se refiere al bajo-relieve de Kara-Bell; pero ¿no se ha engañado atribuyéndolo á Sesostris? ¿No es mas bien un monumento asirio? Algunos viajeros se inclinan á esta segunda hipótesis. Yo por mí, no osaré resolver la cuestión; pero no es indigna de la atención de los sabios.

Continuamos nuestra marcha con la luz del crepúsculo por medio de quebradas cubiertas de mirtos, cuando de repente vemos brillar por cima de un matorral cuatro cañones de escopeta en manos de otros tantos zeibekes, vestidos á las mil maravillas y cortándonos el paso. Nosotros somos cinco, y echamos mano á nuestras armas: los zeibekes son hombres que juzgan rápidamente una situación; toman pues otra actitud y nos hacen un saludo que los zapties les devuelven cortésmente. Pero no hemos andado media legua, cuando una gavilla mas numerosa nos sorprende. Diez hombres armados nos rodean hablando todos á la vez con volubilidad: podríamos tomar este por un encuentro mas desagradable que el anterior, si la facha de los agresores, distinta de la de los zeibekes, y las esplicaciones que nuestro compañero de viaje nos dió rápidamente, no nos hubieran tranquilizado. Ahora, pues, nos las habemos con el mudir de Nimphi, que á la cabeza de sus zapties vá en persecución de los zeibekes que dejamos á la espalda, y á

los que acusa de haber cometido un atentado en los alrededores. Después de habernos pedido noticias de ellos continúan su marcha, demasiado estrepitosa para que tengan probabilidad de lograr su objeto.

Es casi de noche cuando atravesamos á Nimphi (Nif), pueblo pintoresco encerrado entre grandes peñascos. A algunos centenares de metros yacen las ruinas de un vasto edificio cuadrado, palacio construido por el emperador Andrónico el Joven.

Desde aquí caminamos ya á tientas, por decirlo así, por sendas pedregosas y bruscamente accidentadas, teniendo necesidad de desmontar con frecuencia para saber por dónde vamos. A veces pasamos cerca de los campamentos de los yurukes, cuyos enormes perros, despertándose sobresaltados, nos acometen y nos amenazan con sus ladridos. Pero los vivaques mas numerosos están asentados en las alturas de las montañas que unen el Tmolos á la mar, y nosotros caminamos por su pie. Véase en ellas brillar una línea de fuegos no interrumpida en una longitud de muchas leguas: es una iluminación de grande efecto, cuyos lejanos reflejos no alcanzan sin embargo á alumbrar nuestro camino.

Hasta las once de la noche no podemos llegar á Esmirna, después de haber pasado por el puente de las caravanas, aquel poético Meles á cuyas márgenes nació el divino Homero (1).

Hacia la media noche cenamos en la fonda de los *Dos Augustos*, donde gozamos, como quince dias antes en Bursa, el bienestar de un alojamiento cómodo.

Diremos, en fin, que no es prudente emprender escursiones nocturnas por las inmediaciones de Esmirna, donde hay menos seguridad que en el corazón de la Anatolia. Muchos aventureros, y á veces partidas organizadas, están en acecho casi siempre. Pocos años há dos famosos capitanes de ladrones, Yani-Caterdgi y Simos, griegos los dos, atemorizaron por largo tiempo á los habitantes de esta comarca.

XI.

Esmirna.—Perspectiva.—La ciudad antigua.—Sepulcro de Tántalo.—Ruinas del Monte Pago.—Ferro-carriles de Turquía.—Aya.—Slouk.—Ruinas de Efeso.

No me detendré en la descripción de Esmirna, ciudad conocida por todos los que han navegado por el mar de Levante. Llegando de Europa, se encuentra aquí muestras interesantes de las costumbres orientales; viniendo del interior, al contrario, puede uno

(1) Los poetas de la antigüedad atribuyeron con frecuencia á Homero el sobrenombre de Melesigenes. Ya se sabe que se disputaron el honor de su nacimiento siete ciudades: Smirna, Chios, Colophon, Salamina, Rhodos, Argos, Athenæ. Orbis de patria certat Homere, tua.

creerse ya en Marsella. En efecto, si de los 115,000 habitantes que pueblan á Esmirna son turcos la mitad; los griegos, los armenios, los judíos y europeos toman solamente parte en el movimiento exterior: solo ellos están aquí en escena, por decirlo así; sus barrios circuyen el puerto; algunas de sus calles están bien empedradas y ostentan hermosos edificios ante los cuales acostumbran á sentarse las mujeres. Por la noche permanecen abiertas las tabernas donde los marineros de todas las naciones se dan cita, y se oyen alegres cantares hasta las altas horas. Por eso los turcos, horrorizados, llaman á Esmirna *Giaur-Ismir* (Esmirna la infiel), mientras griegos y franceses la nombran el *París de Oriente*.

Sus mezquitas no tienen nada de particular, ni su bazar está tan provisto como el de Constantinopla: bajo este punto de vista ha perdido mucho desde que una línea de vapores ha unido directamente con la capital los puertos de la Siria y los del Mar Negro.

Pero lo que no se le puede arrebatar es la benignidad de su clima y la belleza de su situación á la orilla de un golfo admirable, al pie de unas montañas vestidas de gala siempre con el lujo de una poderosa vegetación. Así que siempre merecerá los epítetos con que la llaman los poetas *Corona de Jonia*, *Esmirna la agradable*, *el Ojo de Anatolia*, *la Perla de Oriente*.

Solo en el monte Pago se encuentran algunos restos de la antigüedad, vestigios de los muros de la Acrópolis y de un teatro, y ruinas de un castillo construido en la edad media por los emperadores de Bizancio, que según dicen ocuparon algun tiempo los genoveses (1).

Por lo demás, la Esmirna del monte Pago solo data del tiempo de los príncipes sucesores de Alejandro. La ciudad primitiva estaba situada á 1 legua Norte de la actual, sobre el arca de la antigua Sypila, donde aun se ven algunos túmulos. El mas elevado de ellos está considerado comunmente como el sepulcro del rey Tántalo, de quien se ha ocupado mas la fábula que la historia.

Desde las alturas del Pago se descubre una magnífica vista que domina á la ciudad y al golfo. Entre las demás ruinas se ve una construcción abovedada que pasa por reliquia de una iglesia bajo la advocación de San Policarpo, discípulo de San Juan, y primer obispo de Esmirna, martirizado cerca de ella en el anfiteatro, á la edad de ochenta y seis años. ¡Cuántos cambios y revoluciones se han sucedido desde entonces!

(1) Los genoveses llegaron en la edad media á precio de plata casi siempre á establecer muchas factorías fortificadas en las costas del Asia Menor. Aun no se ha borrado su recuerdo. Así toda ruina situada cerca del mar es para los habitantes del país un castillo.

No hay que fiarse de estas indicaciones.

tonces! Sin embargo, la religion predicada por San Policarpo no está enteramente desterrada de Esmirna. Cuéntanse en ella 12,000 católicos, muchas iglesias, colegios y escuelas regidas por los lazaristas, los hermanos de la doctrina cristiana, las hermanas de San Vicente de Paul, y un hospital francés con sesenta camas.

En otro tiempo se necesitaban dos dias para ir á caballo de Esmirna á Efeso: era un viaje peligroso; pero muy poco tiempo antes de nuestra llegada, se habia inaugurado la primera seccion de via férrea desde Esmirna á Aidin.

En el dia hay en explotación dos ferro-carriles en el imperio otomano: el de que aquí tratamos, y otro en Europa en las bocas del Danubio, entre Tchernaboda y Kustendje, que pertenecen ambos á compañías inglesas. La línea de Esmirna á Aidin ha de tener 110 kilómetros, de los que hay abiertos al servicio público 60 poco mas ó menos.

La provincia de Aidin comprende toda la estension del Meandro, y es fértil en productos agrícolas. El transporte de estos géneros, hecho hasta aquí á lomo de camellos, costará diez veces menos cuando el ferro-carril esté concluido.

Nada mas curioso que la variedad que presenta el personal de los viajeros y de los empleados. Estos llegan en su mayor parte de Inglaterra, pero entre los agentes inferiores hay muchos indígenas. Es una torre de Babel: un zeibek, erizado de puñales abre un *portier*, carga con un bulto, trasmite un encargo en lengua turca, mientras que el jefe del tren se dirige en inglés á sus subordinados para animarlos ó reprenderlos. Los coches se cierran con llave, porque las gentes del pais no comprenden todavía las precauciones que exige el ferro-carril. Caminamos con extrema lentitud y echamos cuatro horas en andar 15 leguas. El valle cubierto al principio de higueras, viene luego á ser salvaje. En la cima de una de sus mas agrias y desnudas rocas, aparecen las ruinas de una antigua fortaleza que servia de retiro en otro tiempo al célebre saltador Yani-Katerdji.

La via férrea pasa por cima del Caistro, un poco mas allá de la estacion de Aya-Sluk. Los derrumbamientos que han obstruido el curso del rio y cegado el puerto de Efeso, han convertido la playa en un pantano, que exhala emanaciones perniciosas. La *malaria* es endémica en este paraje, y hará bien el pasajero que no pase en él la noche.

Por eso la ciudad musulmana de Aya-Sluk que habia sustituido á Efeso, ha sido á su vez abandonada. Sus ruinas se ven frente la estacion; un gran acueducto, un castillo de la edad media en la cresta de monte Yalesso; en mitad de la costa una mezquita construida á fines del siglo XVI y que fue una magnífica fábrica, de que aun quedan interior-